

dos, conforme á la tradición, con los nombres de los cónsules, y en las monedas que acuña el taller de Lyon figura siempre la efigie del emperador.

La política religiosa de Gondebaudo fué muy diferente de la de Eurico. ¿Habían sido los burgundios primeramente católicos, como asegura el historiador Orosio? En todo caso, la mayoría de ellos habían sido atraídos al arrianismo después de su establecimiento en Saboya; pero como no persiguieron á los católicos, sospechóse de ellos que trataron de extenderse aun fuera de sus territorios, merced á la alianza de los obispos. San Cesáreo, obispo de Arlés, fué acusado por los visigodos de pretender segregar de la dominación de éstos Arlés y la comarca circunvecina para someterlas á los burgundios. En los territorios dominados por éstos, los obispos fueron libres de reunirse en concilios y hallaron siempre una benévola acogida en el rey, quien á menudo escuchaba los consejos de Avito, obispo de Vienne, del cual decía un contemporáneo que era «el hombre más ilustre de la Galia.» Avito, descendiente de familia senatorial, que había sucedido como obispo á su padre Isicio, y uno de cuyos hermanos, Apolinario, era obispo de Valence, llegó á ser el jefe moral de la Galia meridional, pudiendo combatir activamente al arrianismo y esforzarse en convertir á Gondebaudo sin que su crédito padeciera el menor menoscabo: en un tratado contra el eutiquianismo, que le dedica, felicítale porque hace figurar como uno de sus primeros deberes de rey la defensa de la verdad católica. Gondebaudo, en su ley, recomienda que «no sean despreciados en lo más mínimo los templos y los sacerdotes;» gústanle las discusiones teológicas (1), en las que demuestra gran habilidad, pero es ante todo conciliador y quiere que arrianos y católicos vivan juntos sin peligro para la paz pública. Ciertamente que se ha pretendido que esta política prudente era posterior á la guerra contra Clodoveo y que la conducta anterior de Gondebaudo había sido muy distinta; pero esta hipótesis no se funda en hechos que constituyan pruebas.

VI.—Los bretones en Armórica (2)

En el siglo v comenzó, en el Noroeste de la Galia, una inmigración cuya historia es mal conocida, pero cuyas consecuencias habían de ser muy importantes. Aun hoy en día, de todas las provincias de la antigua Francia la Bretaña es aquella cuya población ha conservado más obstinadamente su fisonomía, sus tradiciones, sus costumbres y su lengua, debiendo buscarse la causa de ello en ese lejano y obscuro pasado.

(1) Sin embargo, es sospechosa la conferencia de Lyon (499) entre obispos católicos y doctores arrianos: Julián Havet, *Questions mérovingiennes*, págs. 33 y siguientes, y tomo I de sus *Oeuvres*, 1897.

(2) Loth, *L'émigration bretonne en Armorique du V^e au VII^e siècle*, 1883. De la Borderie, *Cartulaire de Landevenec*, 1889; *Histoire de Bretagne*, tomo I, 1896. Ambos autores han prestado un señalado servicio á la historia, pero á veces se les ha censurado por haberse servido con demasiada facilidad de vidas de santos escritas muchos siglos después y de valor dudoso. M. Duchesne ha dicho con razón: «Preciso es resignarse á ignorar la historia de la Bretaña antes del siglo ix, salvo algunos rasgos y algunos hechos generales.» Véase sobre todo «Revue historique», 1898, tomo LXVI, págs. 182 y siguientes; «Revue celtique», 1901, págs. 91 y siguientes.

Durante el Imperio la Bretaña había sido romanizada. Ningún testimonio nos la presenta como una especie de asilo en el que se mantuvieran con más energía que en otras partes el idioma y las instituciones célticas: varias vías romanas la surcaban y en ella se han encontrado rastros de monumentos y de quintas ricas; más adelante penetró allí el cristianismo, si bien los obispos de Nantes, de Rennes y de Vannes son los únicos cuya existencia en el siglo v pueda afirmarse con certeza. Sin embargo, esta región cubierta de bosques era todavía en muchos puntos inculta y salvaje; en el siglo iv había sufrido mucho, y después de haber padecido la opresión de los funcionarios romanos y de haberse visto abandonada sin defensa á las devastaciones de los piratas sajones, había sido víctima en el siglo v de las violencias de los alanos. Un escritor griego, á menudo bien informado, Procopio, afirma que no había en la Galia región más desierta que ésta.

Más desesperada todavía era la situación de los bretones de la Gran Bretaña, pues habiendo retirado Roma sus legiones de la isla, tenían que luchar contra los ataques de los pictos y de los escotos por tierra y de los sajones por el lado del mar. Hacia el año 446 hicieron un llamamiento á Aecio, pero en vista de la inutilidad de este recurso, se decidieron á entrar en tratos con los sajones y los anglos. Traicionados muy pronto por estos aliados peligrosos, unos se resignaron á la esclavitud, otros se refugiaron en las montañas y en las selvas y otros, por último, se expatriaron. Gildas, que más tarde relató sus desdichas, dice: «Embarcábanse prorrumpiendo en grandes lamentos, y mientras el viento hinchaba las velas de sus barcos, cantaban con el Salmista: Señor, nos habéis entregado como corderos al matadero y nos habéis dispersado entre las naciones.»

Desde mediados del siglo v esas hordas de emigrantes desembarcan en las costas de la Armórica. «Nuestra raza, escribía en el siglo ix Wrdisten, abad de Landevenec, tiene su origen en la isla de Bretaña; es la hija, la primogénita amada de la raza insular, y fué antiguamente traída en barcas á nuestras playas al través del Océano Británico al mismo tiempo que el territorio de su madre cayó en poder de la raza sajona... Viéndose en seguridad en este asilo, establecióse tranquilamente, sin guerra, en la costa.» Respecto de esto último, es difícil aceptar el testimonio del abad de Landevenec, pues los emigrantes no eran tan bondadosos y pacíficos como él dice, y cuando se creyeron bastante fuertes por el número, obraron como conquistadores.

En 461 asiste ya al concilio de Tours un «obispo de los bretones,» Mansueto; más adelante, en 470, un caudillo bretón, Riotimmo, está al servicio de Roma y lucha contra los visigodos en la región del Loira; y posteriormente llegan á menudo de ultramar emigrantes que, conducidos no por jefes guerreros, sino por obispos, sacerdotes y monjes, pues vienen de un país profundamente evangelizado, se establecen en el litoral y penetran luego en el interior, donde la selva es más espesa, fundando obispos y monasterios, é implantando las instituciones y las costumbres célticas. Muy pronto la Armórica tomará el nombre de Bretaña y adoptará la lengua céltica, tal como se hablaba allende la Mancha, que acabará por ser el idioma del país. Temerario sería, sin embargo, tratar de hacer la historia de estas emigra-

ciones con ayuda de leyendas escritas mucho después y que á menudo no concuerdan entre sí. De estas emigraciones únicamente podemos conocer los caracteres generales y los resultados.

VII.—Poder del episcopado

En la Galia del siglo v, la Bretaña forma una región aparte cuyos destinos serán durante mucho tiempo distintos de los de las demás regiones. En todas éstas, galoromanos y germanos están frente á frente y la influencia romana ha ejercido su acción poderosa: los bárbaros no han abandonado enteramente su carácter ni sus costumbres, pero se han adaptado á las costumbres y á las instituciones galoromanas, las cuales, por otra parte, se han modificado á su contacto con ellos, formándose de este modo una civilización mixta que no puede calificarse ni de bárbara ni de romana. Sin embargo, esta fusión no puede ser completa; ya á principios del siglo Orosio se resignaba, como hemos visto, á la caída del Imperio y se declaraba dispuesto á ensalzar á la misericordia divina, si como consecuencia de aquella ruina habían de multiplicarse en todas partes las iglesias de Cristo y habían de «reconocer la verdad» los pueblos bárbaros. Ahora bien, en concepto de los antiguos habitantes, ni los godos ni los burgundios han reconocido la verdad, puesto que no rezan con ellos y han aceptado el arrianismo que jamás pudo echar raíces en la Galia romana; por consiguiente, sean ó no perseguidores, son extranjeros á quienes se soporta, no existiendo una unión sincera con ellos.

La dominación gótica y la dominación burgundia son, pues, precarias. En la Galia no hay más que un poder verdaderamente fuerte, el episcopado, que es el que representa el principio de unidad en aquella sociedad perturbada y dividida que domina, y el que, traspasando las fronteras móviles de los Estados bárbaros, hace penetrar la acción de aquel principio en todas partes. Han dicho algunos que en el siglo v el desarrollo del cristianismo había tenido que luchar con grandes dificultades y que las construcciones de iglesias habían sido menos frecuentes; pero esto sólo es verdad con relación á ciertas regiones del Norte, en donde los bárbaros, paganos todavía, se establecieron en masas compactas que más adelante fué preciso evangelizar de nuevo. En todas las demás, salvo algunas cortas persecuciones como la de Eurico, la vida religiosa es activa y se halla dirigida por el episcopado. De un extremo á otro de la Galia los obispos se visitan, se escriben, permanecen en comunión de ideas y de sentimientos, tienen los mismos intereses y formulan idénticas aspiraciones. En medio de las guerras, de las ruinas y de las revoluciones, sólo la Iglesia no ha cesado de engrandecerse; su fuerza se forma con todas las debilidades, con todas las desdichas de aquel tiempo, sus raíces penetran en lo más hondo de las capas populares y á fines del siglo v en ella y por ella vive la sociedad.

Más de una vez se ha podido hacer constar la intervención política de un Sidonio Apolinario ó de un Avito y estos hechos no constituyen una excepción. Si los obispos son á menudo escogidos entre la aristocracia, débese esto á que están constantemente expuestos á comparecer como embajadores ante los emperadores

romanos ó los reyes bárbaros. Tal aconteció con Germán, de poble familia, que ejerció elevadas funciones públicas: elegido obispo de Auxerre, dió sus bienes á los pobres, su esposa fué para él una hermana, condeñóse á las más duras austeridades y se alimentó de pan de avena; pero este asceta fué un hombre de acción que en unión de Lupo de Troyes marchó á Bretaña á combatir la herejía pelagiana, ayudando á los bretones á rechazar una invasión de los sajones y de los pictos. A su regreso, encontró Germán á sus diocesanos desconsolados á causa de los impuestos extraordinarios que les agobiaban, y poniéndose nuevamente en camino se dirigió á Arlés, avistóse con el prefecto Auxiliaris y obtuvo de él lo que sus conciudadanos pedían. Más tarde Aecio entregó la Armórica á las devastaciones del rey alano Eocarico, y habiendo los enviados de aquel desdichado país implorado el socorro de Germán, éste escuchó sus ruegos, salió al encuentro de los bárbaros, acercóse al rey pagano, que estaba rodeado de sus guerreros, suplicóle primero y amenazóle después y al fin cogió su caballo por la brida. Eocarico, asombrado de tal valor, suspendió su marcha con la condición de que Germán lograría del emperador ó de Aecio el perdón para la Armórica. El obispo partió para Rávena con objeto de interrogar á Placidia y á Valentiniano III; Placidia envióle un jarro de plata con delicados manjares y Germán correspondió á este obsequio mandándole un plato de madera con un pan de avena. Allí, en Rávena, murió en 448 sin haber podido salvar á la Armórica. Ejemplos de estos abundan en los documentos. Los destinos de la Galia bárbara dependen del episcopado.

CAPITULO IV

CLODOVEO Y LA SOCIEDAD FRANCA SEGÚN LA LEY SÁLICA (1)

I. Meroveo y Childerico.—II. Clodoveo y Siagrius. Guerra de los alamanos y bautismo de Clodoveo.—III. Guerras contra los burgundios y los visigodos.—IV. Fin del reinado de Clodoveo.—V. La ley sálica y la sociedad franca.

I.—Meroveo y Childerico

Hasta fines del siglo v la historia de los francos es menos conocida que la de los visigodos ó la de los burgundios. Los documentos escritos anteriores á Clodoveo sólo contienen algunos hechos aislados, de fecha y de importancia á menudo inciertas, y algunas leyendas. Para suplir el silencio de los cronistas, es preciso seguir

(1) FUENTES.—Dom Bouquet, *Recueil des historiens de Gaule et de France*, tomo III, IV. En los *Monumenta Germaniae Historica*, los tres volúmenes de los *Scriptores rerum Merovingicarum* (Gregorio de Tours, crónica llamada de Fredegario, *Liber Historiarum*, vidas de santos); *Cassiodori Variarum Epistolarum merovingicorum*, *Concilia aevi merovingici*.

OBRA DE CONSULTA.—Además de las obras ya citadas de Fustel de Coulanges, Waitz, Dahn, Sybel, Digot, Longnon, Lamprecht, etc., Junghans, *Histoire de Childerich et de Clodovech*, traducción Monod, 1879. Kurth, *Clodis*, segunda edición, 1901, obra cuyo valor científico muy real está demasiado comprometido por tesis inciertas y preocupaciones apologéticas; en ella están indicados todos los trabajos recientes. Rajna, *Le origini dell'epopea francese*, 1884; Nyrop, *Storia dell'epopea francese*, 1888, traducción del danés, y Kurth, *Histoire poétique des Mérovingiens*, 1893, han estudiado las leyendas que envuelven la historia de Clodoveo.

en el mismo suelo, mediante el estudio de los nombres de lugares y el testimonio de las tumbas, las etapas de aquellas marchas obscuras que desde las orillas del Rin condujeron a los francos a las llanuras del Norte de la Galia. En ellas establecieron en gran número, expulsando a las antiguas poblaciones y destruyendo la civilización galo-romana y cristiana; eran verdaderos bárbaros, rudos y paganos, y sus caudillos eran incapaces de las concepciones políticas de un Atilfo, de un Eurico ó de un Gondebaudo.

Cuando Aecio defendió la Galia contra Atila, los francos habían combatido a sus órdenes y luego habían continuado extendiéndose, pero sin que sea posible, como algunos han querido hacerlo, establecer una distinción exacta entre los progresos de sus diferentes tribus.

La leyenda coloca en aquella época al frente del pueblo en otro tiempo mandado por Clodio a un rey llamado Meroveo (Merouechus): decíase que un día, mientras la esposa de Clodio se bañaba en el mar, unióse a ella un monstruo, habiendo nacido de esta unión Meroveo (1), «de cuyo nombre, desde aquel entonces, los reyes de los francos se llamaron Merovingios.»

Sello de Childerico I
(Archivos nacionales, París.)

En lo que se cuenta del hijo de Meroveo, Childerico, hay parte de leyenda y parte de historia. Despojado del poder por los francos, a causa de su lujuria, refugióse en Thuringia, siendo probable que por tal deba entenderse la Thuringia de allende el Rin más bien que un país situado entre Colonia y el mar. Allí fué acogido por el rey Basín y por su esposa Basina. Antes de su marcha, habíase partido una moneda de oro con un amigo fiel, el cual le había dicho: «Cuando te envíe la mitad que guardo, podrás regresar sin temor.» Los francos habían elegido rey al romano Egidio, maestro de las milicias, pero al cabo de ocho años mudaron de parecer y Childerico, advertido por su amigo en la forma indicada, fué nuevamente proclamado. Basina abandonó su reino para juntarse con él: «Conozco tu mérito y tu gran valor, le dijo, y por esto he venido a vivir contigo, porque, óyelo bien, si hubiese conocido allende los mares un hombre que más valiera, con él me hubiese ido.» Y añade el cronista: «Childerico, lleno de gozo, se casó con ella y del matrimonio nació un hijo a quien se llamó Clodoveo, que fué grande hombre y valiente guerrero.» En este relato encontramos el eco de algún viejo canto popular, y la parte de realidad que encierra es incierta. Otros datos de valor histórico más

positivo nos presentan en 463 a Childerico aliado con Egidio y combatiendo con él a los visigodos en la región del Loira. Egidio murió en 464 dejando un hijo, Siagrius; un funcionario romano, el conde Paulo, quiso continuar su obra con ayuda de los francos, pero murió luchando contra los sajones. Al día siguiente de su muerte, llegó Childerico, quien arrebató a éstos Angers y les persiguió en las islas del Loira, haciendo en ellos gran matanza.

(1) La leyenda nació de una falsa etimología, por haberse interpretado el nombre de Meroveo como hijo del mar.

Childerico aparece, pues, como aliado de los romanos. ¿Había recibido como otros caudillos bárbaros alguna dignidad militar que le permitiera figurar en la jerarquía imperial? ¿Fué «maestro de las milicias?» No puede afirmarse. El autor de la vida de Santa Genoveva, obra de valor histórico muy discutido, nos lo presenta en relaciones con la santa. Childerico entra en París trayendo consigo algunos prisioneros a quienes quiere dar muerte, y ordena que se cierren las puertas de la ciudad; pero Genoveva, que se hallaba fuera de ésta, resuelve salvar a aquellos desdichados; las puertas se abren milagrosamente y la santa obtiene el perdón de los prisioneros. Childerico murió en Tournai en 481, siendo allí enterrado con su caballo y con sus armas. En 1653 descubriose su tumba, habiéndose encontrado en ella un anillo con su nombre y la imagen en busto de un guerrero de luengos cabellos, y una multitud de otros objetos, telas, armas, joyas y monedas de oro con las efigies de los emperadores que reinaban en Constantinopla, especialmente de León I y Zenón (2).

II.—Clodoveo y Siagrius. Guerra de los alamanes y bautismo de Clodoveo (3)

Con Childerico los guerreros francos han reconocido los ricos valles del Sena y del Loira; con su hijo Clodoveo se harán dueños de ellos. Clodoveo no tiene más que quince años y sólo manda uno de los pueblos francos; otros obedecen a reyes, algunos de los cuales quizás le son hostiles. Durante cinco años no se conoce de él ningún acto concreto; sin duda prepara sus fuerzas para las aventuras a que le impulsan su juventud, su carácter belicoso y su ambición.

En Italia ya no hay emperadores, pero el Occidente sigue bajo la soberanía nominal del emperador que reside en Constantinopla; la Galia, ocupada totalmente por pueblos bárbaros, considérase todavía como provincia romana. El hijo de Egidio, Siagrius, agrupa a su alrededor a las tropas que continúan obedeciendo al Imperio: ¿cuál es su situación real? Se ignora: los contemporáneos le llaman unas veces «rey de los romanos», otras patricio y otras duque. Por su nacimiento, por el prestigio de que su padre había gozado, acaso también por su valor personal, figura al frente de la aristocracia galo-romana en los países del Sena y del Loira, y a su lado Remigio, obispo de Reims, de noble familia y célebre por su saber y su elocuencia, ejerce una influencia comparable a la de Avito en el reino burgundio.

Algunos historiadores pretenden que Siagrius fué rey y Clodoveo «maestro de las milicias», aduciendo como prueba de ello una carta, de fecha incierta, que se dice le dirigió Remigio para felicitarle por haber recibido el cargo de la administración «en la segunda Bélgica;» sin

(2) Estos objetos estaban depositados en la Biblioteca Nacional y fueron robados en 1831, habiéndose recuperado sólo una parte de ellos, que se guardan en el Louvre.

(3) Chlodouechus, Chlotouechus, que será en la época carolingia Hludowicus, de donde se derivará Luis. Aquel nombre se compone de Chlodo, Chludo, que quiere decir célebre, y «vechus», que tiene el doble significado de guerrero y sacerdote: es un recuerdo de la época en que el rey era sacerdote. D'Arbois de Jubainville supone que Clodoveo todavía era a la vez el jefe guerrero y el jefe religioso: *Etudes sur la langue des Francs à l'époque mérovingienne*, 1900, pág. 75.

embargo, nada puede sacarse con certeza de esa carta. Clodoveo se presenta desde sus primeros años más independiente de Roma que su padre y ve cómo los reyes godos y burgundios ensanchan sus posesiones en la Galia. ¿Habrá llegado para los francos el momento de asegurarse un dominio más vasto en aquellos hermosos países que el Imperio abandona? Sus recursos son escasos, por lo que procura agrupar las fuerzas de los pueblos francos y a este efecto se dirige a sus reyes: uno de ellos, Ragnacar de Cambrai, responde a su llamamiento; otro, Cararico, espera los acontecimientos para tomar una determinación.

Finalmente, en 468, Clodoveo marcha contra Siagrius y le pide sitio para la batalla; los ejércitos se encuentran cerca de Soissons, y Siagrius, derrotado, demanda asilo al rey Alarico en Tolosa; pero el vencedor consigue que se lo entreguen y manda darle muerte.

Los francos saquearon hasta las iglesias; sin embargo, Clodoveo, que ya no es un aventurero brutal, sino un caudillo de inteligencia despierta, y que quiere conquistar el país, cuenta desde luego con los obispos, pues sabe que son los verdaderos amos del mismo. Uno de ellos (nada permite asegurar que fuese Remigio) reclama un vaso sagrado que han robado de su templo; en el momento de repartirse el botín, el rey pide a sus compañeros que le sea adjudicado aquel objeto, pero un guerrero se niega a entregarlo y lo rompe de un hachazo. El rey se calla, mas al año siguiente, mientras pasa revista de su ejército, reprende al que le infirió aquella afrenta por el mal estado de sus armas y lo tiende muerto a sus pies. Tal es en sus comienzos la monarquía de Clodoveo: todavía ha de tener en cuenta los antiguos usos germánicos que hacen del rey un caudillo de sus compañeros, pero entiende ya ser el amo, al mismo tiempo que se muestra hábil político en sus relaciones con la Iglesia.

La batalla de Soissons no fué sino un episodio de las luchas que entabló Clodoveo para apoderarse de los países del Sena y del Loira. La historia de estas conquistas es poco conocida. Según parece, París se resistió mucho tiempo, y habiendo sido devastadas las comarcas vecinas, Santa Genoveva, para proporcionar víveres a los habitantes, llegó hasta Arcis-sur-Aube y Troyes. Más adelante, las tropas al servicio de Roma, que todavía ocupaban algunos puntos de la Galia del Norte, se sometieron a Clodoveo, pero conservaron aún, al parecer, por algún tiempo, su organización y sus banderas militares (1). Clodoveo se extendió también hacia el Oeste, por el lado de la Armórica, y parece que en aquella ocasión Melanio, obispo de Rennes, desempeñó un papel importante. Los habitantes de aquellos territorios tenían interés en aproximarse a los francos a fin de defenderse contra los piratas sajones establecidos en la desembocadura del Loira. Dícese que los sajones sitiaron Nantes por espacio de sesenta días, que al fin una noche salieron en procesión de los

(1) Procopio, *De bello gotico*, I, 12, habla de un pueblo, al que denomina los *arbricos*, que al parecer opuso resistencia a los francos y después trató con ellos. ¿Quiénes eran esos arbricos? No es posible identificarlos, pero de todos modos, como Procopio los sitúa a orillas del Rin, no podemos ver en ellos a los habitantes de la Armórica.

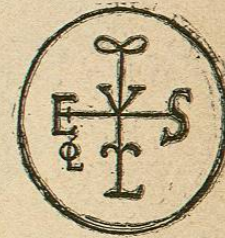
templos de la ciudad hombres vestidos de blanco y que después de esta aparición misteriosa las hordas enemigas huyeron «sin que se viera uno solo de ellos al despuntar el día.»

Muy pronto Clodoveo se casa con la sobrina del rey burgundio Gondebaudo, Clotilde (2). Su ambición sentíase ya atraída por los países del Saona y del Ródano, y «a menudo enviaba a Burgundia mensajeros» que le aseguraron que Clotilde era «bella y prudente,» por lo que la pidió a Gondebaudo y la obtuvo (seguramente hacia el año 493), y «cuando el rey la vió quedó en extremo complacido.» La imaginación popular adornó este suceso con relatos maravillosos en los cuales se ha reconocido la huella de los cantos épicos nupciales que estaban en uso entre los germanos, diciéndose, entre otras cosas, que de esta manera había querido vengar a su padre Chilperico asesinado por Gondebaudo y que al acercarse a la frontera franca, saltó impaciente de su carro, montó a caballo y antes de salir del territorio burgundio lo hizo devastar en una longitud de doce leguas.

Clotilde, enérgica y altiva, es católica y quiere que lo sea Clodoveo; éste en un principio se resiste, pues teme que si abandona a sus dioses se atraerá la cólera de éstos y tal vez sus guerreros se separarán de él. Clotilde, sin embargo, logra que su primer hijo sea solemnemente bautizado, esperando que la magnificencia de la ceremonia hiera la imaginación del rey; pero muere el niño y el padre atribuye esta desgracia al dios de su esposa, a pesar de lo cual es también bautizado el segundo hijo. Cae éste enfermo y ya Clodoveo acusa de ello a Cristo, mas «gracias a las oraciones de Clotilde» el niño sana.

Por el lado del Este tuvieron que defenderse entonces los francos de los alamanes. Ocupaban éstos, desde mediados del siglo v, en la orilla izquierda del Rin, el territorio que se extiende entre el río y los Vosgos y que más adelante se denominó Alsacia, y la emigración de los burgundios les había dejado al Sur el campo libre hasta el lago de Constanza y los Alpes. Los escritores de aquella época hablan de su valor, de su crueldad y de ese espíritu aventurero que impulsaba en todas direcciones a sus hordas de bandidos. Los francos de la región renana sufrieron sus ataques y en un combate cerca de Tolbiac (Zulpich) su rey Sigeberto recibió una herida que le dejó cojo. Clodoveo dirigióse contra los alamanes, trabándose una batalla en el valle del Rin, en un sitio que no puede determinarse exactamente; al principio los francos llevaban la peor parte, viendo lo cual el rey alzó las manos al cielo y parece que exclamó: «Jesucristo, tú a quien Clotilde declara hijo del Dios vivo, tú que, según dicen, concedes tu ayuda a los que están en peligro y la victoria a los que en ti esperan, si me haces triunfar de esos enemigos y me concedes que pueda experimentar tu poder, me haré bautizar en tu nombre. Porque he invocado a mis dioses, pero veo que se han alejado de mí y si no socorren a sus fieles

(2) Chrothichildis, Chrodechildis, Chrodichildis.



Sello de Clodoveo (Nigien, Recueil des sceaux du moyen âge).